

LA VANGUARDIA

EDICIÓN DE LA MAÑANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
 En Barcelona: un mes. 1'50 pta.
 Fuera Barcelona: trimestre, (remitiendo su importe adelantado á la Adm.) 5'50 pta.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
 Ultramar: trimestre. 10 pta.
 Extranjero 15 pta.
 Anuncios y publicidades á precios convencionales.

5 céntimos

Barcelona — Redacción, Administración e Imprenta: BARBARA, 16 bis (Cerca la de la Unión) — Barcelona

5 céntimos

EDEN-CONCERT

Asalto, 12

Temporada de verano.—Gran rebaja de precios.—Dos extraordinarias funciones para hoy domingo.—Tarde á las 3, 0'50, con derecho á una consumación.—Noche á las 9, 0'50.—Galerías 0'25.
 Restaurant á la carta día y noche.

CAJA DE PRÉSTAMOS

La mejor; situada en la calle del Hospital, número, 11, piso 1.º.—Moralidad en los empeños.

DINERO se presta sobre alhajas y otros objetos, reserva en sus operaciones.

Hospital, 11, piso 1.º

El Doctor P. Esquerdo ha trasladado su domicilio á la calle Pelayo, número 9, Entresuelo.

VAPOR TORO

Viajes de recreo los días festivos á 2 reales pasaje. Junto al embarcadero de la Puerta de la Paz.

POR CATALUÑA

Señor don Modesto Sánchez Ortiz.

«DESDE MI CARRO»

Querido amigo: Al día siguiente de escribirle mi primera carta, dieron las cuatro de la madrugada en el campanario de Taradell cuando subíamos otra vez en nuestro modelo carro. Pudimos oírlos perfectamente tras del toldo, pues era de las condiciones buenas del hermoso mueble

en que viajamos, es sus perfectas condiciones acústicas, debido á las cuerdas y gracias á estar ya levantados y además despiertos, supimos la hora de nuestra salida, que si no tiene interés para el lector, lo digo porque era caso extraordinario en nuestras costumbres. En esto, si nos pasábamos, dejando la que tenemos establecida de levantarnos más tarde, era para continuar nuestra peregrinación por los senderos que seguimos, que sin dejar de ser los de la virtud, conducen, como Vd ya sabe, querido amigo, más especialmente á la contemplación de la naturaleza, así como de los paisajes que esa amable señora tenga á bien dejarnos ver y admirar.

Advertimos ó insinuamos con buenos modales al caballo que continuara el camino interrumpido en aquel pueblo y una vez el pobre hubo vencido la resistencia que sintió en sus espaldas, con solo dos ó tres suaves sacudidas, emprendió con nosotros pausada marcha hacia el camino de Vich.

Por ahí se va, nos dijeron, enseñándonos uno, y por allí fuimos y empezamos á bajar. La vía rural que seguimos estaba tapizada, no de trecho en trecho, sino en armónica continuidad de dos profundos surcos (surcos de glorioso recuerdo, por los que habían pasado los carros y carretas que nos precedieron en este camino, desde los primeros capítulos de la historia, cuyas idas, vueltas, y viceversa, constituyen ese gran lío económico de la exportación é inmortalidad).

El llano de Vich se presentaba herido por los primeros rayos del sol. Este se levantaba (sistema Copérnico), detrás de la niebla con esa lentitud y puntualidad á que nos tiene acostumbrados de muchos años á esta parte, colmando á su paso las nubes que tenía á su alcance de los tonos más brillantes; los campos, de trigo se extendían por todos lados rubios color de oro viejo, abrigando á las amapolas que con su rostro encarnado semejaban chispas de color de fuego que distraían la monotonía de los primeros términos; los segadores en fila iban derribando sin compasión las espigas con el arma de reglamento de Su Majestad la Muerte, y el rocío tan cantado por los poetas de todos los distritos de la tierra, brillaba en los bordes de las hojas reflejando al sol que ya había pasado los umbrales de las rezagadas nubes de la noche.

colores de que la Naturaleza se vale para componer un nuevo día, pensando que inmensos revolcones planetarios significan el nacimiento de una mañana!

Desde la primera que vimos la luz hasta la fecha, nunca habíamos podido observar paisaje semejante; sabíamos de antemano, por boca de madrugadores que el espectáculo era digno de ser visto y admirado; pero en la lucha que se entablaba todas las mañanas entre la voluntad y el sueño, siempre fué la voluntad el gladiador vencido, y siempre aplazábamos el despreciamiento para horas más iluminadas.

Vueltos á la realidad de la vida, después de esta pequeña digresión algo poética que permitimos al pensamiento, vimos que el caballo cojeaba de alguno de sus cuatro pies reglamentarios. Como en su trote corriente había siempre tenido cierto desequilibrio de raza ó de temperamento, creímos de buena fe que aquel sacudimiento nervioso en su modo de andar, podía muy bien ser alguna nueva gracia del anciano potrero que hasta entonces no hubiéramos apercibido; pero tanto se acentuaron sus traspases y con tan malagana cumplía su misión de acarreo, que por una animidad menos uno decidimos apearnos y estudiar si los sufrimientos de la bestia eran físicos ó morales.

Examinamos con detención su cuerpo y de paso pudimos admirar su perfecta anatomía, que saltaba á la vista; abrimos su boca á fin de ver si tenía dolor de muelas, y no encontramos ninguna, con sorpresa, en aquella veterana boca; y si no tomamos su pulso, fué porque no sabíamos á punto fijo en cual de sus cuatro manos debía estar oculto.

Y sin embargo, por allí cerca estaba la causa de su triste desventura!

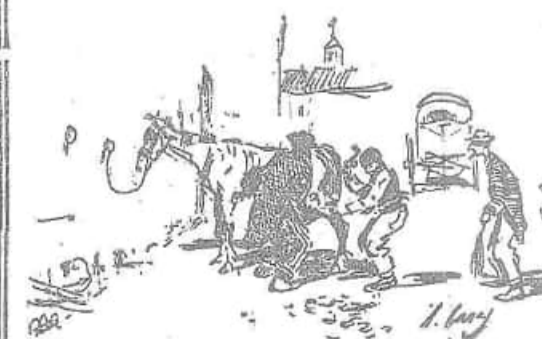
De los cuatro zapatos que según uso corriente llevan los caballos en los países habitados, solo uno pudimos encontrar en nuestras pesquisas y aun se sostenía más por atracción y costumbre inveterada, que por el semicírculo de clavos que deben estar en forma de anillo en esa clase de calzado. Como los peregrinos en la Edad media, iba el pobre descalzo y descalzo hubiera llegado á Vich si la fortuna no hubiera salido á su encuentro en forma de herrador el pasar por el pueblo de Santa Eugenia.

Era la tienda del mismo, negra como los pesares del caballo; el yunque se destacaba bruñido en medio de la sala; el fuelle hacia saltar chispas de fuego con su soplo acompasado y en las paredes entre herramientas del oficio, se destacaban redondos los zapatos de todas las medidas y para todas las edades, presidiendo el conjunto un santo colocado al muro y pintado sobre azulejos de colores bruñidos y saltones.

En el mismo umbral de la puerta llevamos á cabo la obra de calzar al descalzo.

Como el caballo no era parroquiano, no tenía allí horma, ni medida fija ni numerada, el maestro escocido del muestrario el par y medio que le parecieran más adecuados á su edad avanzada. Empezose la maniobra haciéndole levantar la pata uno de nosotros á la voz de mando, mientras el otro le espantaba las moscas y demás insectos con una escoba, en tanto que el veterinario escogía las herramientas del arsenal operatorio. Precauciones fueron estas, más bien hijas de la rutina que necesarias á obligar la quietud del operado, pues el buen caballo ni tenía intenciones belicosas ni guardaba rencor á nadie, ni siquiera chistó un solo momento mientras íbamos llevando á buen término la operación arriesgada. Con instrumento cortante, y ejerciendo de calista, pasó luego á separarle del primer pie que encontró á mano, los cuerpos extraños que se le habían ido allí acumulando con el transcurso de los años, interponiendo entre él y el suelo que pisaba verdadera barrera hasta entonces impenetrable. Mientras se llevaban á cabo aquellas escavaciones, el aprendiz de confianza de la casa estaba dando á macha martillo la última mano á los guantes sobre el yunque sonoro, revolviéndolos como ascua de fuego de una parte á otra con las tenazas, hasta que con la sonrisa del que lleva á cabo una obra meritoria, los echó al agua, que los recibió con un suspiro estridente, lanzando un soplo de vapor por los ámbitos de aquel templo de la veterinaria.

Pasar del agua al pie, del pie al martillo, del martillo al yunque, del yunque al fuego, del fuego otra vez al yunque y al pie por fin, de este al otro y al otro luego, fué obra de un instante.



La operación estaba terminada. El caballo se había salvado y si no volvía á moverse como en lo mejor de sus mejores días, era capaz de llevarnos á Vich, á donde llegamos antes del medio día.

Con solo cuatro horas habíamos recorrido cinco kilómetros.

En pleno sol entramos en la ciudad entre esa nube de polvo blanco que anuncia la proximidad de un pueblo y que el viento amontona en las hojas de los plátanos, en las plan-

tas del arroyo y en los muros de las casas, dando un tinte ceniciento al conjunto y al lugar una tristeza gris y uniforme aumentada por esa quietud de arrabal, solo interrumpida por el martilleo vibrante del herrero y el paso lento de los carros que andan en medio del camino con grave indolencia y soñoliento abandono.

Vich es triste, pero su tristeza es interesante. Como Toledo y Granada despiden ese aroma del pasado, esa nostalgia del recuerdo, ese aire histórico que no tienen los pueblos modernos. En cada calle el artista encuentra un detalle interesante, muchas casas han cobijado la cuna de un gran hombre y sus monumentos de diversas edades, publican lo mucho que valió la que es hoy una ciudad de estudio y recogimiento. Como páginas hermosas del pasado conserva el templo romano, el claustro y otros típicos é interesantísimos edificios, y sobre todo la hidalguía de su raza que ha sabido enlazar la tradición con el adelanto y progreso de nuestros tiempos.

A medida que íbamos internándonos en la ciudad la animación se aumentaba y esta fué completa al llegar á la plaza mayor donde el mercado estaba establecido con motivo de San Miguel de los Santos. En el seno de la misma plaza se daba la última mano á otra provisional de toros y todo el mundo trabajaba en la obra nacional del nacional espectáculo. A él acudimos al día siguiente y los dos que siguieron dejando el carro formando en las filas de los innumerables que estaban con los brazos en el suelo y el toldo inclinado en cortésana reverencia.

Al empezar la corrida, el aspecto de la plaza era brillante y el del cielo imponente. La gente abajo con pañuelos blancos y rostros alegres, las nubes arriba con colores negros y presagios tristes. Pudieron más las nubes que los hombres y la lluvia sin distinción de Sol ni Sombra, echó del redondal al público, á la cuadrilla y á las vacas.

Salieron éstas al día siguiente, después del saludo de ordenanza de Morulla, que vestía verde suave con oro de la misma suavidad y temperamento.

La primera del rebaño era corni-apretada y dió mucho juego. Los chicos (y grandes) la capearon en todas direcciones, dieron toda clase de pases, combinaron algunas verónicas en pareja y realizaron unos quites bien ensayados. Uno de los de á pie, que vestía verde y azul, echó una larga (sin desgracia personal) largándose él, al mismo tiempo, no por el miedo que infunde la vaca, y que yo respeto, sino porque tocaron á banderillas.

Estas eran lujosas, de papel fino y buena marca. Se las enseñaron á la bicha largo rato con los brazos al aire levantándose sobre la punta de los pies y viendo que la fiera—de algún modo la he de llamar—no quería ni siquiera echarles una ojeada, decidieron colocárselas donde pudieran á la mejor ocasión que se presentase.

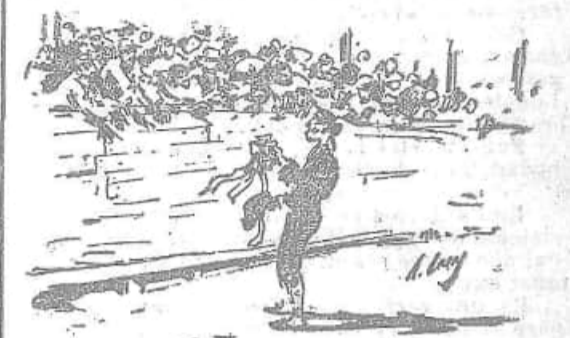
Así lo hicieron. La vaca era buen blanco (ó buena rubia) si bien algo peligroso y en su superficie fueron plantándolas con método y moderación, empezando por clavarle una sola para irle acostumbrando á este tormento involuntario de cuya incomodidad se comió la protagonista media capa, que encontró en las arenas abandonada por su dueño en un momento de ofuscación irreflexiva.

Pero la hora de su muerte había sonado. Tocaron á ella y se adelantó el jefe de la copta, espada en mano, á decir algo al presidente. Este no le contestó, é hizo bien, y el del arma se fué en busca de la fiera, que la encontró un poco más arriba en actitud de pacer, soñando quizás en los verdes prados de su pueblo. Le enseñó la bandera que llevaba y la vaca le embistió como á insignia extranjera. Dió el otro dos pases naturales y uno sobrenatural y juntando los pies y adelantando el pecho, indicole una estocada que sin duda hubiera acabado con la vida de la pobre víctima, á no haber tenido tan complicado armazón de huesos en el parage donde fué á dar el arma del contrincante.

Sin embargo, todo tiene su fin en el mundo y la susodicha vaca lo tuvo con otro pasamano seguido de un corraipé apuntado en lugar de menos enredada anatomía, con empujón final que le dieron algunos curiosos que presenciaban el acto de cerca, exponiendo sus haciendas, vidas y derechos individuales.

La segunda dama, como la primera, pasó por todos los trámites de la agonía y la muerte; legó una oreja al diestro y tuvo un fin siniestro y trágico por más señas. La estocada que le correspondía de derecho le fué clavada con tal acierto y en sitio tan apropiado y libre de dificultades que entrando por el cuéllero de la res vacuna y atravesando Dios sabe qué regiones y distritos de aquel miserable cuerpo, fué á salirle un palmo por debajo del estómago, faltándole poco para quedar clavada al suelo como una mariposa. No fué por mala dirección, ni por falta de destreza (testigo la oreja concedida por los albaceas), el que la espada se salió de vaca, sino por carencia de local en la misma, según unos, ó sobra de machete, según otros inteligentes en estos disturbios de la lidia.

Así fué continuando la brega con múltiples y variados incidentes, hasta que la lluvia se encargó otra vez del riego, retirándonos con agradable impresión de aquella fiesta, á más de una moña que nos fué regalada (plata y oro) y que colocamos en el vehículo, sirviéndonos de guardapelo á este galante obsequio.



Concluido, pues, este paréntesis en nuestra excursión y enviando desde mi carro un cariñoso saludo á los amigos auseñanos, que con tal amabilidad nos recibieron, emprendimos otra vez la marcha por una de esas líneas blancas y empolvadas que el vulgo bautiza con el nombre de carreteras. Siguiendo su curso, pasamos por Manlleu, dejamos los tres Torellós y San Quirico y subiendo el paso una cuesta interminable, hemos llegado esta tarde al pueblo de Alpens en donde nos detenemos.

No podíamos haber llegado aquí en fecha más memorablemente triste. A las nueve de la noche cumplieron diez y seis años que el malogrado Cabrineti caía mortalmente herido enfrente de la casa en que nos hospedamos. Todos conservan en el pueblo, aciago recuerdo de aquel nuestro día y hablan conmovidos todos de aquella terrible jornada. Los que estuvieron en ella tiemblan á su memoria y vendedores y venci-dos rinden tributo al valor de aquel jefe esforzado.

En la oscuridad completa de la noche, vése solo claridad en una casa, saliendo por una ventana entreabierta. «Allí espiró el valiente soldado», nos dice nuestro posadero, y á pesar nuestro no podemos apartar la vista de aquella luz que nos parece funeraria.

SANTIAGO RUSÍNCL.

Alpens 9 julio de 1889.



Espigueso

Las golondrinas.—La destrucción por la electricidad.—Piedad para las golondrinas!—Las emociones de una boda.—Una Exposición original.

Comienza á preocupar en Francia el hecho de la desaparición, cada año creciente, de las golondrinas, habiéndose dirigido con este motivo dos comunicaciones á una Academia científica de París.

Para comprender la importancia que esos pájaros revisten para el agricultor, basta considerar que se nutren exclusivamente de insectos, á los cuales persiguen y destruyen, en lo cual emplean todo el día, es decir, 15 ó 16 horas en junio; cada golondrina consume en un día una cantidad de insectos dos ó tres veces superior á su peso.

La destrucción de las golondrinas tiene por objeto principal alimentar las provisiones ornitológicas de las modistas, que emplean aquellos pájaros en el adorno de los manguitos y de los sombreros de las señoras.

Para apoderarse de las golondrinas se usa en el departamento del Ródano un procedimiento análogo al empleado en los Estados Unidos para ejecutar á los condenados á muerte: la corriente eléctrica.

A fines de marzo los cazadores extienden largos alambres á la orilla del mar, sostenidos con perchas ó por medio de aisladores; las golondrinas que llegan en bandadas numerosas, fatigadas de su largo viaje, se posan en los alambres y entonces el cazador hace comunicar los alambres con una pila y una bovina de inducción, y las golondrinas caen como heridas por el rayo.

Es preciso que los Gobiernos prohiban la caza de las golondrinas, y si está no se consigue tendremos que dirigirnos á las damas, que inconscientemente son los autores del mal, y pedirles que renuncien á tales adornos.

Respetemos á esos pájaros cantados por los poetas, mensajeros de la primavera, que son nuestros huéspedes hasta el otoño y cuya visita parece no tener otro objeto que beneficiar nuestros campos.

Piedad para las golondrinas!

Hace pocos días veíase un gran gentío reunido en la plaza del Palacio de Bruselas, gentío formado casi todo por vendedoras de los mercados de la ciudad. Parecían presa de la mayor agitación y como si estuviesen esperando el desarrollo de algún suceso importante.



Nosotros en tanto, acostados en el carro, íbamos observando la hermosa evolución de

